



Seix Barral

Erri De Luca

Las reglas del Mikado





Seix Barral Biblioteca Formentor

Erri De Luca

Las reglas del Mikado

Traducción del italiano por
Carlos Gumpert

LAS REGLAS DEL MIKADO

—¿Quién eres?

—Tengo frío, déjame quedarme dentro de la tienda.

—¿Quién eres?

—¿Y a ti qué más te da? Soy una que se está muriendo de frío. He visto la tienda y he entrado.

—¿Qué hora es?

Las dos, caramba, ¿qué diablos hace alguien por el bosque a estas horas? Solo tengo un saco de dormir, lo abro y nos tapamos, la colchoneta es ancha.

Enciendo la linterna frontal.

—No. No la enciendas, me da vergüenza que se me vea. Date prisa, ¿no oyes cómo me castañetea los dientes por el frío?

—Ya está, tápate. Eh, no, no me pongas los pies encima.

—Tengo que calentarme, estoy temblando.

—Ponte esta chaqueta, hay guantes en el bolsillo lateral de la tienda, a tu lado.

También puedes encontrar un termo con té.
Los pies encima, no.

★

—¿Te sientes mejor? Debes de estar metida en un buen lío para ir por ahí arriesgándote a morir congelada. ¿Y si no encontrabas la tienda?

No contestas. Entiendo. Me dejo de preguntas. A ver si puedes dormir. Buenas noches.

—¿Por qué está solo en una tienda de campaña en invierno un viejo como tú? ¿Es que tampoco tienes casa?

—Ya te has calentado un poco. Claro que tengo una casa. Vengo a pasar unos días aquí por mi cuenta, conozco la zona.

—¿Y a qué dedicas tanto tiempo? ¿A pensar en la muerte?

—En eso piensan los jóvenes. Los viejos ya han pensado.

Paso el tiempo jugando. Conozco varios juegos.

¿No has oído eso de que los viejos se parecen a los niños?

—Los niños no duermen por las noches en medio de las montañas.

—¿Qué hace una mujer deambulando en invierno en medio de las montañas?

—¿Qué mujer? Tengo quince años.

—Por tu voz no se diría.

—Mi voz me sirve para desanimar a los hombres.

—Ya están desanimados, es la generación masculina más desanimada de la historia de la humanidad.

—¿Qué sabrás tú de los hombres? Soy yo la que sabe bien de qué especie son, sois.

—Por ahora soy de la especie que te acoge.

—¿No tienes miedo de darme la espalda?

—Antes te he preguntado quién eres. Era para oír tu voz, no para saber.

No importa quién seas. Si eres la muerte, ponte cómoda, muerte medio muerta de frío.

—Soy del pueblo sinti, en italiano se dice *gitana*, mejor que *cíngara*. Huyo de mi familia a causa de un matrimonio arreglado con un viejo de cincuenta años.

—¿A qué edad empieza la gente a ser vieja en tu pueblo?

—A los treinta.

—Entonces hace más de treinta años que ya soy viejo.

—Mi abuelo murió menos viejo que tú.

—Lo siento por él.

—Me escapé hace dos noches, después de la fiesta de compromiso.

He deshonrado a mi padre con mi fuga. No puedo volver.

—¿Dónde están tus padres?

—Al otro lado de la frontera, en Eslovenia.

—¿Cruzaste las montañas invernales para morir?

—Conozco las zonas de paso. Mi familia se dedica al contrabando.

—¿Te están buscando?

—Para ellos estoy muerta.

Pero mi padre vendrá a buscarme para demostrarle a su familia que no dejará que me salga con la mía.

Entre nosotros no es posible esa historia de vuestra religión, la del regreso de vuestro hijo desenfrenado.

—¿El hijo pródigo?

—Mi abuelo decía *desenfrenado*.

—Es una palabra que no se usa, se refiere a uno que se quita del cuello el cabestro que lo refrena, la soga del ahorcado.

Tengo sueño. Ahora voy a dormir.

-
- ¿Sigues despierta? Está nevando.
- Mejor, así se ocultan las huellas.
- Entonces, ¿te están buscando?
- Me gusta cuando nieva. No vienen a levantarnos el campamento.
- Podrías haber huido a cualquier otro sitio, ¿por qué Italia?
- No puedes huir por donde tú quieres, hay pocas opciones. Se ve que no sabes cómo se huye. Nosotros estamos acostumbrados. Nuestros campamentos se vacían en una hora y ya no los encuentras. Sabemos escondernos, saltarnos las fronteras. Solo el mar nos detiene.
- ¿Por qué Italia?
- Aquí la gente se ocupa de sus propios asuntos. Pueden tirarte piedras, pero no se chivan a la policía.
- Hablas bien italiano.
- Hablo cinco idiomas. No sé leer.

—¿No os enseñan?

—Solo hace falta uno para leer y avisar a los demás.

—¿Y no tenéis ningún libro?

—Entre nosotros las historias se cuentan por la noche y cada vez se cambian un poco. Los libros no tienen voz.

La voz hace que las historias sucedan. Además, están las manos que las representan, los movimientos, los miedos, las risas.

—Las palabras que decimos pueden escribirse, mantenerse juntas. Dice un proverbio que las palabras vuelan y las escritas quedan.

—Eso no se da entre nosotros. Las palabras quedan después de ser dichas. Los intercambios, los negocios, las bodas se conciertan de viva voz.

*

—¿No tienes sueño?

—Estoy acostumbrada a dormir durante el día y a moverme por la noche.

—¿Cómo te las arreglarás para salir adelante?

—Con las limosnas no, lo aprendí cuando era pequeña, pero soy demasiado orgullosa.

—¿Entonces?

—Toco el acordeón, bailo, canto.

Sé amaestrar al oso.

Mi padre lo cría, lo llevamos con nosotros a las fiestas de los pueblos.

El oso es la única persona que lamento haber perdido.

—¿No hiberna?

—Los machos no, si tienen para comer.

Serás viejo, pero no es que sepas muchas cosas.
¿Qué sabes hacer?

—Mi profesión es la de relojero.

—Qué bonito. Me gusta el reloj. Mi padre tiene uno de oro, de su padre.

¿Se gana dinero con los relojes?

—A mí me ha ido bien.

—¿Quién te enseñó?

—Me metí de aprendiz a tu edad.

Cuando murió mi padre empecé a trabajar después del colegio. Mi madre conocía a un relojero que me acogió en su taller.

Enseguida me las apañé con los dedos.

Empecé reparando despertadores, los mecanismos más grandes, luego pasé a los relojes.

Me gustaba desmontar, limpiar.

Se atascan con el polvo que consigue entrar pese a todo. El polvo atasca los relojes porque quiere ser él quien mida el tiempo.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

—No me hagas caso, existe una antigua lucha entre el polvo y los relojes, por quién mide mejor el tiempo.

Gana el polvo, que es más antiguo.

—¿Y vivías con la paga de aprendiz?

—Mi madre daba clases de ruso. Era rusa.

Conoció a mi padre, un oficial a bordo de un barco que hizo escala en Odesa, en el mar Negro.

Se enamoraron.

Logró subirla a bordo envuelta en una alfombra.

—Seguro. Anda que es fácil jugársela a los rusos.

Tu padre pagó para poder llevársela.

—Eres una experta. Pagó y mi madre se quedó enrollada en la bodega hasta el Mediterráneo.

Huyó por amor, no por el comunismo.

En Nápoles enseñaba ruso a los comunistas que el partido mandaba a la Unión Soviética.

—Esta tienda es para dos, ¿de qué te sirve?

—Necesito espacio, puedo pasarme hasta un mes aquí.

—Con el acordeón puedes ganar algo, pero aquí en Italia no te dejan tener un oso.

—Sé amaestrar cuervos. Pero tienen instinto de libertad y al cabo de unos años tengo que soltarlos.

Hacen compañía, juegan, son personas inteligentes.

—Llamas *personas* a los animales.

—¿Tú no?

—No. Quizá porque no los conozco.

Me interesé por los relojes. Son organismos. Tienen más de doscientas piezas dentro.

—¿Doscientas en un espacio tan pequeño? ¿Cómo te las apañas para meter las manos?

Debe de ser bonito entender cómo funcionan.

Y debe de haber también un poco de magia.

—Hay más magia en entenderse con un oso y un cuervo.

—Hay magia en todo.

Encontrar la tienda en la oscuridad es magia.

También leer la palma de la mano.

—Es verdad, vosotros predecís el futuro en las líneas de la mano.

—No es una predicción. Aprendemos a leer como lo hacemos con el cielo por la noche.

Tú lees libros, yo leo las manos.

Está el monte de Júpiter, el monte de Venus, el de Mercurio, el de la Luna.

—¿Tantos relieves, dices? La palma extendida a mí me parece plana.

A mi padre le leyó la mano una que le dijo que se mantuviera alejado del mar. No podía, era su trabajo.

—¿Murió en el mar?

—En un naufragio nocturno, su barco chocó contra otro en la niebla.

Con mano o sin mano, ¿qué cambia? Yo prefiero no saberlo.

Mira, esta noche está durando demasiado. Vamos a dormir y tal vez mañana por la mañana me despiertes y descubra que te he soñado.

—No te hagas ilusiones.

Leeré tu mano mientras duermes.

Quiero saber quién eres.

—¿No basta con ser quien te ofrece hospitalidad?

—La hospitalidad es una obligación, no explica quién eres. Solo significa que no eres un bastardo.

—Duermo con los puños cerrados.

—Los abriré.

—Está bien, rebusca cuanto quieras, pero no quiero saber qué encuentras, ¿de acuerdo?

—No es necesario llegar a un acuerdo. Tienes que preguntarme para saber lo que está escrito.

—Buenas noches.